

SIMÓN OSPINA VÉLEZ × JUAN JOSÉ GAVIRIA M.

**PARA**

«REVELADORA.  
LAS FUERZAS QUE  
NOS ATRAVIESAN  
SON MUCHO MÁS  
COMPLEJAS DE  
LO QUE CREÍAMOS»  
MARIO MENDOZA

«SOBRECOGEDORA Y REAL. LA HISTORIA DE UNOS JÓVENES DE BUENA  
FAMILIA EMPUJADOS A LA LOCURA POR LOS TEDIOS DE LA VIDA FÁCIL»  
JUAN GOSSAÍN

**MATAR**

«UN RELATO ADMIRABLE  
Y ESTREMECEDOR»  
MARÍA CRISTINA RESTREPO

*a un*  
**AMIGO**

«UN TEXTO FUNDAMENTAL PARA CORROBORAR QUE  
TODOS FUIMOS CULPABLES DE LA HISTORIA NUESTRA,  
QUE TANTO NOS HA DOLIDO Y HECHO AVERGONZAR»  
JORGE FRANCO

  
nefelibata

---

Dos cuerpos sin vida, un hombre y una mujer, son hallados en un apartamento de El Poblado, en Medellín. Lo que en un inicio parece ser un asesinato común, esconde una intriga siniestra. El detective Ricardo Saba se hace cargo del caso y pronto descubre que los familiares tienen un sospechoso: Juan Camilo Mejía, el *Milicio*, miembro de la familia más poderosa de la ciudad y amigo de infancia de una de las víctimas. Que el Milicio sea el principal implicado pondrá al descubierto una trama de hechos inesperados.

*Para matar a un amigo* nos revela de manera intensa y perturbadora cómo unos jóvenes de la élite se apropian de las costumbres más sangrientas del narcotráfico. Con el ritmo de las mejores novelas de suspenso, esta historia evidencia el desgaste moral que corroe a toda una sociedad y cómo en una ciudad de más de cuatro mil homicidios al año la voz de un detective se convierte en la única conciencia que recorre los entresijos de las capas más sórdidas de esta Colombia de ficción.



nefelibata

ISBN 13: 978-958-46-0574-0  
ISBN 10: 958-46-0574-7



## Noticia

«Su agonía vital parecía profunda. Cuando sus padres acudieron a declarar sobre las muertes de la Aguacatala, se acusaron mutuamente por la vida que llevaba su hijo. Su madre acusa a su padre de ser alcohólico, y él a ella de practicar ritos satánicos».

Alonso Salazar, en *El Espectador*, 30 de julio de 2000.

*Mama Coca*  
**El Dapel de la Coca**  
www.mamacoca.org

17

A Saba le parecía que la investigación tenía formas novelescas. En algún momento, se detuvo a pensar en sus personajes y en su entorno:

Las calles de Santa Fe de Antioquia parecen detenidas en el tiempo. A no ser por el ruido de los carros y los equipos de sonido durante los fines de semana, cualquiera pensaría que la colonia española permanece vigente. Las casas coloridas le dan al pueblo una alegría esquiva y nubosa que tiende a convertirse a menudo en un sentimiento nostálgico e incluso oscuro. Todavía los vestigios de su origen se sienten vívidos en medio del sopor y la penumbra que sigue a la caída de la noche.

En este ambiente parroquial y austero, Roberto Molina creía haber encontrado la paz que tanto anhelaba. Hacía apenas dos años que había vendido su finca en Llanogrande para comprar esta casa que tanto se parecía al lugar de sus sueños. Decía a menudo que era allí donde quería morir, en el vacío irreal que provocaban aquellas paredes viejas, aquellos muros de bahareque espeso —de más de medio metro de grosor— que alguna

familia prominente del siglo XVIII habría construido esperanzada en que pertenecería por siempre a su descendencia. Tan equivocados estaban, que Roberto Molina se la compró a un viejo inglés que llegó a Colombia en los años ochenta por algún motivo desconocido. El británico, un ingeniero como Molina, apareció como por ensalmo. Justo cuando Roberto pretendía cambiar de vida, vender sus bienes para recluirse en los claustros mohosos de la vejez, una de sus amigas se lo presentó. Se trataba de un retirado, un renegado de su majestad la Reina, que despotricaba del sistema imperial que la Corona británica ejercía aún con solapado tino. Los dos hombres se entendieron de inmediato, tal vez por su tendencia compartida, al menos en apariencia, a un descarado anarquismo. Además, y esto fue sin duda el motivo que más los unió, el inglés provenía del pequeño pueblo de Bournemouth, en el condado de Dorset, al sur de Inglaterra. En sus tiempos de ejecutivo de Coltex, la gran empresa que había fundado el tatarabuelo del Milicio, Roberto Molina fue enviado a Bournemouth para aprender algo de inglés, requisito fundamental para escalar en los niveles de dirección. Aunque fue poco lo que Molina aprendió en los seis meses de estadía, recordaba con gran cariño aquel tiempo de libertad, esa sensación irrepetible de evasión que significó para él su viaje a Europa.

En esta casa de Santa Fe de Antioquia, solía reunirse Roberto Molina con su amigo, el fiscal Pineda. Los cuatro meses corridos desde el inicio de la investigación habían afianzado la amistad de estos dos hombres tan dispares.

Roberto Molina medía un metro con noventa y tres. Su piel era pálida y exhibía una calvicie prominente. Incluso desde antes de la tragedia, su figura parecía la de un hombre mayor, aunque este suceso había acentuado esta característica.

Se trataba de una suerte de abuelo, pero nada bonachón. Sus movimientos y sus ademanes eran rígidos, fumaba siempre y las cenizas volaban por todos lados cada vez que acompañaba sus sentencias con el movimiento de sus manos. Si su voz no fuera un eterno murmullo grave, se diría que era un hombre tosco, más que recio. Para el momento del asesinato de su hijo y su exmujer tenía cincuenta y ocho años y, con el método y la precisión que le otorgaba su título de ingeniero, siempre, pasadas las once de la mañana, ya se le veía con una copa de aguardiente en la mano, que bien podía contener cualquier tipo de licor, con tal de que fuese destilado. Esta actividad no impedía que pasase horas enteras durante todos los días de la semana frente al computador, para apuntar datos y elaborar estadísticas relacionadas con la investigación. *Han pasado 380,78 horas desde cuando los encontramos, y hasta ahora sólo tenemos los mismos dos sospechosos que teníamos en ese mismo momento.* Ese era el tipo de comentario que le hacía a su amigo el fiscal Pineda, sin duda como un reproche.

Frente a la figura longilínea y por naturaleza aristocrática de Roberto contrastaban las formas rollizas y afectadas del fiscal Pineda. Mientras el primero vestía trajes y zapatos que, aun cuando algo deslustrados, parecían mandados a hacer a su medida, Pineda estrenaba costosos vestidos que lo único que lograban era hacer más evidente su metro con sesenta y tres de estatura y esconder un poco su barriga puntiaguada. Mientras los trajes de Molina eran convencionales y con tonos opacos y sobrios, los de Pineda llevaban la firma de sastres italianos que suelen vestir a los futbolistas de moda. Quizá por esta misma razón nunca parecían de su talla y las mangas del saco sobrepasaban la segunda falange. Cuando se reunían a almorzar en la ciudad era frecuente oír un gruñido

desesperado del fiscal mientras intentaba limpiar con una servilleta de papel las manchas de sopa en el borde de la camisa. Roberto nunca llevaba corbata, pero, aunque hiciese un calor intenso, guardaba algunas formas y nunca se quitaba la chaqueta, sin que con ello se notara incómodo, lo que también indicaba una actitud de elegancia bien administrada, ahora venida a menos por la soledad y una melancolía disfrazada de huraña independencia. El fiscal, por su parte, sudaba copiosamente, en especial cuando apuraba el almuerzo como un náufrago, con la cabeza sumergida en el plato y los brazos accionando los cubiertos en máxima revolución. De pronto, asomaba el rostro rojo y abotagado por un cuello de camisa largo, acartonado, y prensado con un grueso nudo de corbata, para decirle una frase entrecortada a Roberto relacionada con la investigación. Este lo observaba mientras masticaba en silencio, despacio, pero parecía no darse cuenta de las maneras bruscas de su comensal, que en otro momento de su existencia hubiesen sido causa suficiente de censura. Todo ello confirmaba que, aunque en su cuarto de hora Roberto fue exitoso y reconocido como un hombre brillante, una soberbia sin límites ahora se veía menguada por los avatares de la vida.

A pesar de tantas diferencias, ambos personajes se habían vuelto inseparables. Casi todos los fines de semana, sentados en una cómoda sala junto al patio central, los dos hombres pasaban horas enteras analizando los avances de la investigación. Ahora, la aparición de Santiago Moreno era el tema de conversación. Como casi todo lo que ocurría en el proceso, había sido un logro de Roberto e Hilario. Molina se mostraba satisfecho con la declaración que el fiscal le refirió. Recordaba algo sobre el caso de Pedro Vásquez, pues había generado

revuelo entre los socios del club. Revivir esa investigación les garantizaría armarle la encerrona al Milicio.

Luego de este tipo de avances en la investigación era habitual que se reunieran en la oficina de Echavarría todos los miembros del equipo para elevar una especie de protocolo que Molina lideraba y él mismo guardaba con precisión en su computador. A Saba siempre le había llamado la atención el hecho según el cual un hombre mayor como Molina hubiese ingresado en la era de los computadores con la soltura requerida, y que sin aspavientos doblgara la entendible condición de víctima postrada en la que debía estar sumido para convertirse desde el principio en el eje de la investigación. Y en esto parecía radicar la obsesiva admiración del fiscal Pineda hacia Roberto Molina. Sin embargo, pasada la rutina de analizar los avances del proceso, el alcohol comenzaba a producir sus efectos, y Molina iniciaba unos monólogos detallados y personalistas que humanizaban los nombres que aparecían en el expediente. Sus palabras conservaban el mismo tono sepulcral, pero adquirían un volumen un poco más alto y un énfasis adicional, y reflejaban un conocimiento certero de los personajes, con unos detalles que permitirían iniciar una vastedad de procesos penales en contra de los retratados. Saba registraba el desfile de los Moreno, Carlos Julio Vásquez, la familia Mejía Restrepo, con todos sus enlaces y vertientes, y otra infinidad de linajes y personalidades reconocidos en la sociedad. Saba observaba cómo, bajo una aparente objetividad, Molina soltaba y repetía un sinnúmero de datos precisos y nombres propios sin consideraciones o matices, que, de manera paradójica, terminaban por desdibujar su veracidad y tan sólo adquirían el carácter de murmuraciones de salón. Cuando los contertulios empezaban a abandonar el lugar, Saba se había acostumbrado a oír



el mismo sermón de Molina, según el cual esta falta de interés radicaba en una incomodidad para conocer verdades.

Aquella tarde, las nuevas noticias ameritaron una reunión de urgencia en la oficina de Echavarría y, aunque sucedió lo mismo de siempre, los acontecimientos tomaron un giro distinto y ocurrió algo inesperado, que Saba percibió sin comentarlo. Como una grabadora, registró todos los movimientos de los asistentes. Hilario Góez, taimado y con su recelo característico, disimuló entrar al baño y abandonó la casa sin despedirse. El fiscal Pineda, como era habitual, cumplía su horario como servidor público e ingresaba a su despacho una vez pasada su hora de almuerzo. Entonces se disculpó para ir a buscar algo de comer por ahí cerca.

Alfonso Echavarría tenía la peculiar característica de que era capaz de fundir en el mismo recinto a los más variados personajes. Eran conocidos los almuerzos que ofrecía los viernes en su casa, bien para celebrar un acontecimiento especial, agasajar a alguna figura que, sin importar su actividad, tuviese algún brillo, o para cerrar un negocio. Ese día había invitado a un hombre destacado en la ciudad por sus diversas actividades en la empresa privada y sus costosísimas salidas en falso para tratar de ocupar algún cargo de elección popular. Según había oído Saba, los empresarios tradicionales lo miraban como un *parvenu*, pero él se las ingeniaba para entablar relaciones con ellos y mantener lazos cordiales con expresidentes y otros personajes influyentes. Sus maneras eran majas, más que refinadas, pero había algo en su tono de voz y en la naturalidad de su sonrisa permanente que permitía sostener una conversación agradable con él. En suma, pues, se trataba de un personaje jactancioso pero algo carismático. Su entrada en la

oficina no estuvo exenta de pompa y cierto protocolo. Alfonso Echavarría le hizo un recorrido por su casa, y el invitado supo escoger algunas frases efectistas para elogiar a su anfitrión. Se presagiaba una intensa y larga tertulia. Al llegar a la alejada sala de reuniones ubicada en el último patio, Echavarría hizo una presentación de los recién conocidos. Roberto Molina y el invitado se habían saludado en alguna oportunidad hacía muchos años. Saba se presentó y se dispuso a oír a los demás.

Como era de esperarse, la reunión empezaba a girar alrededor de temas sociales y políticos. Todos estaban sentados en el amplio salón, y el invitado lideraba la charla con una serie de anécdotas en primera persona que hacían evidente que quería adquirir un protagonismo adicional que hasta el momento no le había sido adjudicado. No había música y todavía se respetaba la palabra. De pronto, el nombre de Martín Villa Sanz retumbó en el lugar. Ahora el silencio se hizo incómodo. Se trataba de un gran amigo de Molina. Este era un hombre de una de las familias más tradicionales de la ciudad. Su padre fue presidente de Coltex, y él mismo había regentado el gran sistema de transporte masivo de la ciudad y por cuyo cargo había sido cuestionado en sociedad. Como una de las asombrosas paradojas que rondan esta historia, este proyecto urbano tiene la misma trascendencia colosal para la historia y la vida cotidiana del henchido orgullo antioqueño desde la década del noventa, que la que ostentaba Coltex veinte años antes. Sin Coltex no se movía un hilo en Medellín y en Colombia. En 1970 no había un operario de máquina que no trabajara o hubiese trabajado en Coltex o una viuda cuyo marido no hubiera sido pensionado de allí, o un industrial independiente o un alto ejecutivo que no hubiese dado sus primeros pasos en esta empresa tutelar. Coltex imponía la moda y algunos personajes femeninos que

incluso luego incursionarían en la política ya mostraban desde entonces sus aficiones a la farándula y, liberadas de su pudor atávico, posaban como modelos orgullosas sus prendas en revistas y periódicos nacionales. Los artistas colombianos y extranjeros preparaban sus mejores obras y los críticos afilaban sus garras durante meses para clavarlas en los lienzos durante la famosa bienal de Coltex. Pero su edificio mayestático enclavado en el centro de Medellín, que resumía todo su poder reverencial, de manera súbita fue reemplazado por otro objeto de adoración casi totémica. El fervoroso pueblo antioqueño volcó su mirada hacia una larga serpiente gris que atraviesa la ciudad y se erige como el único medio de transporte de este tipo en el país. Sin embargo, antes de que sus pulcros vagones empezaran a desfilarse y desbordaran el ego de los ciudadanos, fue necesario presenciar durante años unas moles inconclusas de cemento, mientras se desataba el lío jurídico que se había creado por unas jugosas comisiones repartidas cuando se adjudicaba su construcción a un consorcio hispano alemán. Y, precisamente, el líder, o por lo menos la cabeza más visible de la astrosa gestación de esta nueva efigie paisa, fue Martín Villa Sanz. Roberto conocía de cerca a su padre y a toda su familia desde Coltex, pero su amistad con Martín era en especial fraterna e incondicional.

Antes de que fuese pronunciado este nombre, el tema circulaba en la amistad del invitado con un político que ya había sido juzgado en varias oportunidades y años después enfrentaría un delicado proceso penal, pues se le atribuía la participación intelectual en el magnicidio de un reconocido personaje público. El invitado no se cansaba de elogiar las dotes del político juzgado como orador y se lamentaba porque su fulgurante carrera pública se hubiese truncado, en su opinión

con base también en presiones e irregularidades procesales. Saba se había aburrido, pero esta parte del discurso captó su atención porque conocía algunos detalles confidenciales de los procesos, y también porque le pareció extraño y curioso que un hombre con veleidades públicas se refiriera sin tapujos a un colega políticamente incorrecto. En este momento, como era previsible, Pablo Escobar se convirtió en el protagonista, y entonces el invitado narró algunos detalles de la relación de este con su amigo el político.

Como inversión prioritaria para sus negocios incipientes, el invitado se había hecho *clubman* desde hacía varios años y solía contar infidencias, en apariencia desprevenidas, para denotar una situación social preponderante. Así, y para hilar sus palabras con el dramatismo propio de quien posee el conocimiento de causa, dijo asombrado:

—Pero es que aquello de las relaciones de personajes notables con Pablo Escobar no era inusual. Algunos de ellos incluso ya pagan sus penas en la cárcel. Cómo puede ser posible que una persona como Martín Villa Sanz, con quien en el club hablábamos de negocios y asuntos personales mientras jugábamos golf, aprovechara esta situación para señalarle a Pablo Escobar a quién debía secuestrar.

En el acto, Roberto Molina dio una palmada en el descansabrazos de su silla y lanzó el único grito que Saba le oyó alguna vez:

—¡Es mentira, Martín no jugaba golf! —y prosiguió en un tono un poco más calmado—. El episodio del golf es un chisme que ha hecho carrera en la ciudad, por boca de arribistas y enemigos. Así como estuvo de moda ser amigo y asistir a las fiestas ofrecidas por Martín, también está de moda señalarlo

como un delincuente y un traidor de clase. Es cierto que él era amigo de Pablo Escobar y también lo es que en los comienzos Martín le sirvió como puente con los ricos que estaban quebrados para que le vendieran algunas de sus propiedades a precios exorbitantes. Muchos de ellos son los que ahora, otra vez boyantes por estos y otros negocios, se alzan indignados en contra de Martín. Otros miembros de su familia mediaron entre los narcos y expresidentes en reuniones de dominio público por fuera de Colombia. Pero también hubo alianzas más recientes selladas por decreto con otros bandos de la mafia para perseguir a Pablo Escobar. Y en esta persecución fue asesinado uno de los hermanos de Martín y la sociedad, incluso sus amigos y parientes, nunca quisieron enfrentar los hechos y se limitaron a repetir las versiones callejeras o a callar cuando las oían. Ha sido la ambición, pero en especial la hipocresía, la causa de la situación que vivimos en esta ciudad y este país. Este saco y estos zapatos que llevo puestos hoy son de Martín, y los uso como un símbolo de lealtad hacia una persona que tuvo muchos amigos y ahora tal vez somos su familia y yo los únicos que lo acompañamos. Lo visito todos los días en la cárcel y no me avergüenzo de ello. Y es allá, más que en ninguna otra parte, donde he conocido de primera mano la realidad del dinero y las relaciones de este país. Si usted —dijo mientras fulminaba al invitado con la mirada— se queja de la injusticia legal que se cometió en el caso de su amigo, no conoce los atropellos procesales que se cometieron en el caso del mío.

La vehemencia de las palabras de Molina se disipó con unos quites magistrales y no desprovistos de sarcasmo de Alfonso Echavarría, quien se paró de su silla con el vaso en la mano y dijo:

—¡En esta casa está prohibido hablar de política, pero luego de estas palabras que acabamos de oír, y antes de cambiar de tema, brindemos por la amistad!

Saba se rio con los demás, más como un acto reflejo para liberar la angustia contenida que como una respuesta consciente ante la salida del anfitrión. Roberto Molina fue víctima de una especie de complejo o paranoia alcohólica, pues se sintió contrariado con la ironía de su amigo y abandonó el lugar como un perro regañado. Saba entendió que esa situación había sido una síntesis ideal de los soliloquios que tanto había ensayado Molina en ese estado de duermevela en el cual las escenas suelen ser perfectas y también horrorosas.

En ese instante, Saba aprovechó para escurrirse de la casa, no sin antes elogiar mentalmente a Alfonso Echavarría por su capacidad para apagar incendios. Y mientras caminaba, con el juicio frío hasta el cinismo propio de su oficio, evitó cualquier tipo de reflexión distinta y con sorna descalificó la defensa de Molina y concluyó para sí que el hecho de no jugar al golf no eliminaba lo fundamental, que consistía en la posibilidad de concertar delitos en otras situaciones. Pero con esa misma curiosidad distante y morbosa a la vez, llamó a un colega para preguntarle por el expediente del amigo de Molina. Este, conocedor del caso, le contestó de manera tajante que, en efecto, parte de las pruebas para juzgarlo habían sido «montadas». El investigador siguió su camino sin sobresaltarse, impávido, y simplemente rectificó su hipótesis como el ascensorista cuando marca un piso que nadie le ha pedido. Unos cinco años más tarde, el mejor amigo de Molina salió de la cárcel y poco tiempo después fue asesinado a balazos en una concurrida calle del barrio El Poblado. Se dijo que el sicario abandonó

el lugar con la misma serenidad con la que había caminado hacia su víctima, luego de robarle el vehículo a una señora que salía de una clínica. Saba oyó muchas veces la murmuración de que su muerte fue el producto de un barullo entre el deseo de vengar su cínica y cómplice amistad con Pablo Escobar y la necesidad de silenciarlo debido a que no sólo conocía mucho del mundo del crimen en su círculo social, sino que hablaba de ello sin reservas. El caso es que estas especulaciones acerca de la confabulación para su muerte nunca fueron confirmadas o desechadas en un proceso legal. A Saba lo impresionó descubrir que los hijos de quienes atacaban a Villa Sanz y pudieron ser cómplices de la venganza asistían a los mismos colegios, vivían en el mismo barrio y se sentaban en la misma mesa en los clubes sociales con los hijos de quienes lo defendían e, incluso, de su propia familia. Sin embargo, unos y otros murmuraban, pero nunca nadie se ocupó realmente de que se conociera la verdad.



nefelibata

1. adj. Dicho de una persona:  
Soñadora, que anda por las nubes.

NefelibataEdiciones@gmail.com